

# LA CAMPAÑA,

## SEMANARIO POLÍTICO

ÓRGANO DEL PARTIDO REPUBLICANO FEDERAL PACTISTA.

### PRECIO DE SUSCRICION.

Dentro y fuera de la capital UNA peseta el trimestre. Anuncios y comunicados á precios convencionales. Pago adelantado.

Administrador

**SATURNINO TORTOSA,**  
calle de San Patricio.

### ADVERTENCIA.

La correspondencia política y literaria se dirigirá al Director, Val de S. Antolin, 75, pral. La administrativa á Saturnino Tortosa.

### EL DIA DE LA JUSTICIA.

No negarán nuestros políticos monárquicos liberales que en la cosa pública los puestos de honor y de lucro, los cargos de influencia y direccion, las jefaturas y los mandos, los empleos y las representaciones vienen á parar por regla general á los mas osados, no á los mas inteligentes; á los mas licenciosos, no á los mas íntegros. Lo han falseado todo, han vertido sobre las conciencias y han sembrado en la sociedad la corrupcion de las doctrinas y la corrupcion de las prácticas. Así en su dogma proclaman la igualdad y á renglon seguido la destruyen con la prerogativa y el privilegio, profesan la libertad y luego la entierran entre leyes monstruosas; establecen los derechos políticos, y en el mismo código se los niegan á la mayoría de los españoles.

Pero tantas contradicciones al fin son leyes que ha hecho lo que ellos llaman la nacion, y basta que se llamen leyes y que se diga que la nacion las hizo, para que nosotros las acatemos y las rindamos reverente tributo de respeto y sacrificio. ¿Pueden decir acaso lo mismo los autores y sacerdotes de esas leyes? ¿Pueden decir lo mismo los altos funcionarios, las autoridades y los poderes de todas las políticas reinantes? Ya no hay ideales: al rededor de una bandera no se reúnen mas que intereses privados que se confederan para asegurar su defensa, y esos intereses casi siempre son de índole tal, que no pueden salir á la luz del día. Si la conciencia de los políticos quedara desnuda como en día del juicio final, no seria menester ahuyentarlos, ellos avergonzados huirían de nuestra vista, se esconderían del país. Ya no hay justicia; impera sólo el favoritismo; la amistad particular, el pago en servicios públicos de los servicios privados, unas correspondencias de verdadero adulterio que no pueden mirarse sin horror. ¿Quién no sabe que en Madrid hay huestes de

políticos que contraen deudas sobre deudas, expidiendo letras pagaderas en el día del advenimiento al poder? No hay administracion, no hay pureza, no hay orden público.

Estas gentes fundan toda autoridad y todo poder en el sufragio electoral. ¿Y qué es el sufragio actual? Un fraude de todos los partidos, una calamidad del país, una mentira que se ha apoderado de las costumbres y hace leyes. Y siendo esta la base de todo lo creado con el nombre de la libertad, ¿cómo será todo eso que se ha creado, y cómo habrán puesto á la libertad? Si tantos mártires como este sagrado ideal ha dado á la historia, tantas víctimas como han entregado su vida en los cadalsos y en los campos de batalla se levantaran de sus sepulcros, horrorizadas volverían á ellos para no ver tanta desdicha y vergüenza tanta; aborrecerían la vida, la luz y el siglo, porque todo se ha hecho aborrecible por la fuerza de la degradacion y del vicio.

No resucitan los mártires, pero sus espíritus en la silenciosa noche visitan los sueños del pueblo, y por el día bullen como éter invisible en los talleres del trabajo. No se ha perdido aquella sangre de héroes, ni han sido sombra del tiempo aquellos sacrificios de nuestros padres. Ellos viven en el pensamiento puro del pueblo como leyenda de la humanidad y como epopeya de un siglo. Son los lares de sus talleres y de sus hogares, donde cantan diariamente la plegaria del trabajo y la salvé de sus dolores.

¡Oh! el pueblo es una virtud heroica que ha encarnado en todos los siglos, la virtud eterna del trabajo, imagen de esa naturaleza inagotable que sin cesar crea y produce. El pueblo es sóbrio, no come manjares, sólo se alimenta de pan. El pueblo dá su sangre y su vida á la patria sin la esperanza de las recompensas. El pueblo es ese sufrido y silencioso trabajador que en los litigios nunca lleva razon, que no sabe defenderse, porque no

sabe mentir y disimular; acusado de torpeza porque fabrica casas y desmenuza el suelo con sus manos; objeto de menosprecio, porque no pronuncia correcto ó porque no escribe con ortografía; ludibrio de los libertinos, porque habla con timidez y si quereis con ignorancia; despedido con un gesto, porque no huele á perfumes, sino que sus humildes ropas van empapadas con el sudor del trabajo. El pueblo es el Cristo de todos los siglos, siempre azotado, escarnecido, llevando sobre sus hombros la pesada cruz, y subiendo la calle de amargura entre mortales angustias.

Señores políticos que os distribuis el gran tesoro del mundo, de la potestad y del dinero; altas clases que no comeis mas pan que el que ha sabido producir el pueblo, ni vestir mas ropa que la que él ha tegido; ni gozais de mas regalo que el que de todos los puntos de la tierra os manda esa clase interesantísima; todos los que os habeis levantado sobre sus hombros ó sobre sus huesos, tratadle con mas humanidad, dadle sus derechos y su honra, tributadle el respeto que merecen sus trabajos y sus dolores, su estado y su inocencia. Sí, su inocencia, porque de cuanto sucede en el mundo, de tantas miserias como nos afligen, de tantos males como nos amenazan, de tanta locura como se ha hecho, de esta ruina de la fé, de aquellos horrores del fanatismo; de todo lo malo que es mucho, sólo el pueblo es inocente; no lo habeis llamado á tomar parte en la informacion de esta sociedad; tal como se encuentra es obra vuestra.

¿No? ¿No le dais sus derechos y sus honores?

Temed y esperad inminentemente el día en que él recabe y conquiste para sí esos honores y esos derechos. Ese será el día de la justicia que hará temblar á todos los déspotas, á todos los tiranos, á todos los vampiros del pueblo, á todos los comerciantes de ideas, á todos los criminales de la política.